

# El ingenioso hidalgo

Estudios en homenaje a Anthony Close



CENTRO DE ESTUDIOS CERVANTINOS

M 2009-36

# EL INGENIOSO HIDALGO

(ESTUDIOS EN HOMENAJE A  
ANTHONY CLOSE)

*Edición a cargo de*  
RODRIGO CACHO CASAL



---

Alcalá de Henares, 2009

## ÍNDICE

Rodrigo CACHO CASAL, <i>Un brindis a un amigo</i> .....	9
Emilio MARTÍNEZ MATA, <i>Perfil biográfico de Anthony Close</i> .....	11

### *Estudios*

Mercedes ALCALÁ GALÁN, <i>El libro como objeto en el Quijote</i> .....	23
Mercedes BLANCO, <i>Concierto de máscaras. Para una lectura del Buscón de Quevedo como polifonía novelística</i> .....	43
Jean CANAVAGGIO, <i>Prosper Mérimée, lector del Quijote</i> .....	83
Aurora EGIDO, <i>De la cueva de Atapuerca a la de Montesinos</i> .....	99
Ruth FINE, <i>De la polinomasia a la heteronimia: las vicisitudes del nombre en el Quijote</i> .....	113
Giuseppe GRILLI, <i>La alteridad en Lope</i> .....	127
Steven HUTCHINSON, <i>La Vida de Jerónimo de Pasamonte: economía del extravío</i> .....	135
James IFFLAND, <i>Donde el lugar de la Mancha no está: reflexiones sobre la interdisciplinariedad como diálogo de sordos</i> .....	153
José Manuel LUCÍA MEGÍAS, <i>Caballero soy y de la profesión que decis: una lectura de la Aventura del Caballero del Bosque a través de la iconografía del Quijote (h. 1650-1905)</i> .....	185
José Manuel MARTÍN MORÁN, <i>Don Quijote y Sancho, y los trabajos de la dieta disociada</i> .....	219
Emilio MARTÍNEZ MATA, <i>«No hay historia humana que no tenga sus altibajos». Haz y envés en el Quijote</i> .....	233
Michel MONER, <i>Donde menos se piensa</i> .....	247
José MONTERO REGUERA, <i>Cervantistas en Lepanto</i> .....	257

---

Proyecto Cervantes, <i>El futuro de los estudios cervantinos:</i> <i>ediciones electrónicas y archivos digitales en el Proyecto Cervantes</i> .....	265
Francisco RICO, <i>Versiones, lecturas y transparencias del Quijote</i> <i>(1604, 1604, 1608)</i> .....	279
Germán VEGA GARCÍA-LUENGOS, <i>El tratamiento (satírico) de la calvicie</i> <i>en la literatura del siglo XVII español</i> .....	303

## EL TRATAMIENTO (SATÍRICO) DE LA CALVICIE EN LA LITERATURA DEL SIGLO XVII ESPAÑOL

GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS  
*Universidad de Valladolid*

«El calvo ha sido objeto permanente de bromas, desde el *mimos falacrós* de los griegos hasta el payaso de las bofetadas que hace las delicias de nuestros niños»<sup>1</sup>.

Estas palabras de Eugenio Asensio no fueron contradichas por los escritores españoles del siglo XVII; al contrario, todo apunta a que la hipertrofia satírica del ingenio barroco hizo que las burlas arreciaran. Para confirmar esta impresión, además de los muchos testimonios conservados, ayudan las alusiones explícitas que algunos contemporáneos hicieron a su frecuencia<sup>2</sup>. Conocida, por la popularidad de la obra, es la de *Las paredes oyen* (1616-1617). La supuesta abundancia de burlas contra calvos en el teatro, el género de mayor pujanza de la época, es objeto de burla, a su vez, por parte del gracioso: «con eso [pintar prolijamente caballos y toros], y con tratar / mal a los calvos, hicieras / comedias con que pudieras / tu pobreza remediar» (vv. 1182-1185)<sup>3</sup>. Curiosamente, será Ruiz de Alarcón uno de los

---

<sup>1</sup> Asensio, 1971, p. 240.

<sup>2</sup> Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a quienes me ayudaron a llegar a algunos de los rincones donde los calvos literarios se esconden; con un recuerdo especial para los componentes de la tertulia del Hotel Canarias.

<sup>3</sup> En el apartado final constan las referencias bibliográficas de las ediciones utilizadas para las obras que se mencionan. A ellas remiten los números de verso, ítem o página que van entre paréntesis al final

dramaturgos que más incurrieron en ellas, a juzgar por los textos conservados. Aunque, indudablemente, la primacía le corresponde a Rojas Zorrilla, sin que para ello obste su propia y notoria condición de calvo.

El comentario de Asensio venía a cuento del entremés de *Los enfadosos o el zurdo alanceador*, cuyo arranque ofrece uno de los episodios más ilustrativos de lo que fue el tratamiento burlesco del personaje en esas décadas: en primer lugar, porque se debe a la pluma de Quevedo, el más egregio —y furibundo también— de los anticalvos, y porque en él asoma un buen número de los motivos enfocados —y de los mecanismos de enfoque— presentes en las múltiples sátiras a que dieron lugar los calvos: desde los físicos a los morales, desde la fealdad y aspecto ridículo a los malos instintos y vicios que se les imputaba<sup>4</sup>.

Buena parte de ellas no debieron de ser meros juegos artísticos, en los que cada autor podía lucir el filo y punta de sus armas, sino fundamentalmente ataques dirigidos a personas concretas, cuya identificación para el lector actual es difícil o imposible en la mayoría de los casos. Se trataría de no desaprovechar ninguno de los flancos que el adversario concediera para atacar y, desde luego, la calva lo era, dado su desprestigio ancestral.

#### CALVOS, MALOS Y MALES

Los calvos tienen muchas posibilidades de estar incluidos en las enumeraciones que la literatura de la época hacía de personas desagradables, desgraciadas o poco recomendables. Recuérdese el refrán de Correas: «Zurdos, y calvos, y rubios, no habían de estar en el mundo. El rubio por bermejo, el calvo y zurdo por contrahechos» (nº 24183). O el pasaje de la tercera parte de *El Criticón* de Gracián: «De un tuerto pronosticó que no haría cosa a buen ojo, y acertó. A un corcovado le adivinó sus malas inclinaciones, a un coxo los malos passos en que andaba, y a un çurdo sus malas mañas, a un calvo lo pelón, y a un ceceoso lo mal hablado» (p. 593). También lo ratifica un testimonio teatral como el de *Más pesa el rey que la sangre*, de Luis Vélez de Guevara:

Aquel que lleva el alfanje  
desnudo y va de su yegua,  
que se le va, en los alcances,  
si mal no recuerdo, hacía  
junto al Alcazaba zaques;  
aquel cojo, borceguies,  
y aquel gibado, alpargates;

---

de cada cita. No obstante, en algunos casos se ha recurrido a la nota a pie de página para localizar inequívocamente el pasaje.

<sup>4</sup> Ver Quevedo, *Obra poética*, vol. IV, pp. 123-132.

aquel moro tuerto era  
 maulero de capellares,  
 cabra pesaba aquel zurdo,  
 aquel calvo, por las calles  
 higos y pasas vendía,  
 todos son canalla infame. (pp. 121-122)

Otro tanto cabría decir del recuento de males que puedan corresponderle a una persona sola: la calva es muy fácil que esté entre ellos. Véase este ejemplo, entre muchos, procedente de la primera parte de *El príncipe esclavo*, otra comedia mucho menos conocida de Luis Vélez de Guevara:

Dice la Naturaleza:  
 «hágote menguado, necio,  
 miserable, corcovado,  
 zurdo, calvo, zambo y puerco,  
 con potra, con almorranas,  
 con mal de orina, con celos  
 de tu mujer», y más cosas  
 que no digo por mí mismo,  
 porque voy siendo dichoso. (fol B4r)

#### CONCEPTISMO Y CALVICIE

En la formalización de las burlas se usaron todos los recursos a los que el conceptismo imperante fue tan proclive. Las asociaciones de palabras y cosas, de sonidos e imágenes, llevaron a distintas soluciones, algunas de las cuales llegaron a convertirse en tópicas, si es que no lo eran ya antes. Aquí y allá las cabezas de los calvos se asociaron con productos vegetales, como ajos, puerros, berenjenas, melones y, sobre todo, calabazas. Esta propensión se potenciaba por el parecido visual de los elementos que se asocian y por el fonético de las palabras que los nombran. Muy claro se ve el juego de la paranomasia en un *Vejamen* de Pantaleón de Rivera, sobre el que volveremos: «Relampagueaba sobre todo él una calvazá, o, por mejor decir, una calabaza...» (vol. II, p. 30). Pueden servir también otros elementos orgánicos, como huevos o vejigas. O partes del cuerpo, como las nalgas. Las posibilidades expresivas de esta relación no las desaprovechó Quevedo: «háseme vuelto la cabeza nalga: / antes greguescos pide que sombrero» —dicen dos versos bien conocidos de su soneto dedicado al «Calvo que no quiere encabellarse»<sup>5</sup>.

Los juegos pseudo-etimológicos también concitan palabras como «Calvario» o «Calvino». «Sí, cual Calvino soy, fuera Lutero, / contra el fuego no hay cosa que

<sup>5</sup> Quevedo, *Poesía original completa*, nº 527.

me valga»: son los versos que siguen inmediatamente a los que se acaban de invocar. Del propio Quevedo, pero con más intención, es este fragmento de *La fortuna con seso y la hora de todos*:

Y ahora veo que los Franceses sois los piojos que comen a España por todas partes y que venís a ella en figura de bocas abiertas, con dientes de peines y muelas de aguzar [...] Pues ¿qué diré de los peines, pues con ellos nos habéis introducido las calvas, porque tuviésemos algo de Calvino sobre nuestras cabezas? Yo haré que España sepa estimar sus ratones, y su caspa, y su moho, para que vais a los infiernos a gastar fuelles y ratoneras.<sup>6</sup>

Bartolomé Jiménez Patón en sus *Discursos de los tufos, copetes y calvas* (1639), que tanto hacen al caso de lo que aquí se considera, y que no es un libro de sátiras sino de reflexiones serias de un hombre de letras, da por buena la relación etimológica entre calva y Calvario:

Y aún dize Pedro Vertorio que el crucificar los iudíos a Cristo en el Calvario fue por ser nombre muy afrentoso que se deriva de calva. Y porque no lo tengan por imaginación mía lo dize por estas palabras: «Christus enim in loco calvariae crucifigebatur ad denotandum, quos quum taliter decalvatis manere Dominus delectatur». (fol. 13r)

Pero la primacía de las relaciones se la lleva «calavera»; para ello se confabulan una vez más la relación visual de los objetos con la cercanía fonética de las palabras. La protagonista de *Los melindres de Belisa* (h. 1608), de Lope de Vega, reacciona así al comienzo de la obra cuando le preguntan por qué rechaza un pretendiente con calva:

Quando yo fuera mujer  
espiritual y santa,  
y para vencer la carne,  
gran enemigo del alma,  
quisiera una calavera  
tener de noche en la cama,  
lindamente me venía  
un hombre al lado con calva. (p. 18)

En la segunda parte de *El caballero puntual* (1619), Salas Barbadillo también exprime con ingenio la asociación:

[...] cabezas calvas bien miradas,  
calaveritas son disimuladas;  
[...]

<sup>6</sup> Quevedo, *Obras completas en prosa*, vol. I, t. II, p. 712.



Si los predicadores enseñaran  
 en vez de calavera a todo el pueblo  
 una cabeza calva, es cierta cosa  
 que se enmiendara mucha gente noble:  
 porque un cristiano honrado más temiera  
 volverse en calva vil, que en calavera. (p. 234)

De la calavera es fácil pasar a la misma muerte, como en esta seguidilla recogida por Luis de Briceño (1626):

No me case mi madre  
 con hombre calvo,  
 que parece que tengo  
 la muerte al lado.<sup>7</sup>

También con los mecanismos de la homofonía se les busca a los calvos linajes rancios y de fonética conveniente: Laín Calvo sale a colación con explicable frecuencia. Gracián en *El Criticón* consigue con ingenio que Andrenio reúna tres mitos hispanos: «los más linajudos suelen venir de Pelayo en lo pelón, de Layn en lo calvo y de Rasura en lo raído» (p. 689). En efecto, como acaba de verse, calvo se asocia con Pelayo, también con Peláez, y, en general, con el verbo pelar. En la segunda jornada de la comedia de Tirso de Molina *Tanto es lo de más como lo de menos*, los personajes cantan: «No recibe esta casa pobres, ni calvos / porque unos y otros vienen pelados» (p. 1136). También en el entremés de *El marqués de Fuenlabrada*, atribuido a Quiñones de Benavente, se dice: «No me soliciten / amantes calvos / que pelallos procuro / y están pelados» (p. 190). Aparece, asimismo, en *Casarse por vengarse* (a. de 1635) de Rojas Zorrilla, en combinación con los otros elementos que acaban de apuntarse:

y tanto mal se advierte  
 en un calvino que se ve pelado,  
 que pesante de estar calaverado,  
 no hallando lo esmaltado de la pieza,  
 piensa que se le muere la cabeza. (vv. 496-500)

Si el término calvo se asocia con otros de sonidos parejos, su semántica le permite aplicarse a otras realidades no capilares y significar carencia o falta, con el plus negativo que le es propio en su acepción primigenia. En la segunda jornada de *Las lágrimas de David* (h. 1635), de Felipe Godínez, dice el gracioso: «Porque quieren, porque el niño / no nazca calvo de padre, / echarle un Urías postizo, / como moño que le trague...» (vv. 1731-1734). Muy expresivo resulta su uso en boca también del gracioso de la segunda parte de *El príncipe esclavo*, de Luis Vélez de

<sup>7</sup> Frenk, 2003, vol. II, p. 1662.

Guevara: «que es esto tiempo nevón / tiempo calvo, tiempo zurdo, / tiempo pretendiente, tiempo / mal casado, tiempo puto» (p. 29b).

«DE VICIOS, DE MALDADES, DE TRAICIONES»

Más allá de la tacha física que supone ser calvo, están las morales. «Cojo, y no de espina; calvo, y no de tiña; ciego, y no de nube, todo mal encubre» —así se expresa uno de los refranes recopilados por Correas (nº 4906), con todo el laconismo sentencioso y contundente que es propio del género. Lo conoce y trae a colación Gerarda en el acto quinto de *La Dorotea* de Lope de Vega (p. 455).

Los males que «encubre» el calvo son engaño, falsedad, traición. Estaría abocado a ellos porque la calvicie —según se señala en los *Discursos* de Jiménez Patón con pretensiones de objetividad—es una de «las señales más conocidas de afectos viciosos» (fol. 3v). Lo que puede argumentar desde la propia etimología, pues no otro sería el étimo de «calumnia», como habrían razonado autores antiguos. Quevedo, por su parte, habla de «las astucias de los calvos» en sus *Sentencias: de la mundana falsedad y las vanidades de los hombres*. Como sinónimo de traidor se muestra en *Lo que quería ver el marqués de Villena*, del calvo Rojas Zorrilla: «...y juro, / que si cualquier castellano / negare a vuesa merced, / que haber puede alguno calvo...» (p. 319 b-c).

Habría otra lacra moral que añadir a las vistas: su condición lujuriosa. Éste es un aspecto más de los que la calva sería síntoma, según apunta, entre otros textos, el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias, en relación con Sócrates:

De Sócrates se escribe haber sido calvo, y su mujer Jantipa le daba en rostro con ello. Y Zópiro, astrólogo fisionómico, le juzgó por esto y por otras señales ser lujuriosísimo, riéndose de los que conocían su integridad. Excusó al astrólogo, diciendo que él con la virtud había reprimido la mala inclinación de su naturaleza y la fuerza de las señales que había descubierto en él. (p. 409a)

Sobre estos aspectos morales, pocas andanadas hay tan cáusticas como la de Manrique en la segunda parte de *El caballero puntual* (1619), de Salas Barbadillo:

Si estuviera en la mano de los jueces,  
como a galeras condenar a calvas,  
de vicios, de maldades, de traiciones  
esta patria común libre se viera,  
porque nadie tener calva quisiera.  
No es tan infame un mísero galeote  
porque llueve sobre él eterno azote,  
sino porque anda siempre el miserable  
de barba y de cabeza tan rapado,  
que es del calvo y capón el fiel traslado. (p. 236)

Así las cosas, no es extraño que se apunte que la calva es uno de los atributos de los diablos. En el entremés de Francisco Bernardo de Quirós titulado *El marido hasta el infierno*, dice Orfeo: «Ya Eurídice se ha muerto, / y el alma lleva un diablo calvo y tuerto»<sup>8</sup>. Y en *Las aventuras de don Fruela* se lee:

Señores, ¡válgame Dios!, aquella mujer que bailaba..., ¡Jesús sea conmigo!, es el demonio que yo le he visto descubierto el manto y tenía la cara toda llena de espaldas, y en la cabeza tenía cuernos como los diablos; echaba fuego por los ojos y olía a azufre; era calvo y ceceoso; todas señales de diablo. (p. 173)

#### ESTRATEGIAS DE OCULTACIÓN

Otra faceta fundamental que los satíricos abordan son los subterfugios de los calvos para ocultar su problema. Antes de considerar las técnicas materiales desarrolladas susceptibles de burla, quizá convenga hacer una breve referencia a otra forma de manipulación que podríamos llamar conceptual, tal como denuncia Frondoso en el parlamento del comienzo de *Fuente Ovejuna* donde desarrolla el tópico de la «inversión de valores», según la cual se llama «a la calva, autoridad» (v. 310). Pero las sátiras apuntan sobre todo hacia las acciones concretas del disimulo exterior: no quitarse el sombrero, desplazar el pelo desde la nuca o los laterales, y, sobre todo, encasquetarse un postizo —una cabellera, en el decir de la época.

El primero de los recursos es causa de que se les denueste por descortesés. De eso va el cuento 284 de Juan de Arguijo:

Tello de Guzmán, tenido en toda la Corte por caballero gran regatón de cortesías, encontrando al Presidente de Órdenes, no le quitó el sombrero, con ser de hábito. Prendiéronle por esto y excusóse con decir que era corto de vista, y para confirmación de esta disculpa, trajo de allí adelante un paje junto a sí, que le iba diciendo los que encontraba para quitarles el bonete. Dijole el paje, yendo por una calle:

—Señor, allí está una cruz—. Preguntóle:

—¿Tiene calvario?—. Respondió el paje:

—No, señor—. Pasóse sin quitar el sombrero.

De aquí nació que, siendo muy calvo un don Fulano de Montalvo, le hicieron esta coplilla:

Si quieres cubrir, Montalvo,  
la falta de tu cabello,  
toma el sombrero de Tello,  
y no verán que eres calvo.

<sup>8</sup> F. B. de Quirós, *Aventuras de don Fruela*, p. 156.

Otro testimonio, esta vez teatral, se encuentra en el acto segundo de *El rico averiento o La vida y muerte de san Lázaro* (h. 1619), de Antonio Mira de Amescua:

ANA Al fin, ¿para todo es malo?  
¿Ninguna cosa le salva?  
JORDÁN Sólo para calvo es bueno  
porque es descortés.  
ANA ¡Qué bueno!  
JORDÁN Y no le verán la calva.

Insistió Mira en la idea en la segunda jornada de *La fénix de Salamanca* (h. 1628):

¡Qué brava salva se han hecho  
con los sombreros! Si calva  
tuviera alguno, la salva  
no le hiciera buen provecho.

Es éste otro de los motivos que Quevedo aprovecha tenazmente en su cruzada particular contra los calvos; aunque, con intención de gestionar mejor la burla, finge ponerse de su lado para afirmar que es mucho mejor ser muerto que calvo. Una de las ocasiones se encuentra en el soneto que lleva el epígrafe bien explícito de «Calvo que se disimula con no ser cortés»:

Desenvainado el casco, reverbera;  
casco parece ya de morteruelo;  
y, por cubrirle, a descortés apelo,  
porque en sombrero perdurable muera.  
Porque la calva oculta quede en salvo,  
aventuro la vida: que yo quiero  
antes mil veces ser muerto que calvo.<sup>9</sup>

Una nueva ocasión es la del *Sueño de la muerte*: «Mirá si es desbaratado Joan de la Encina. No prestó sino paciencia, no dio sino pesadumbre [...] Solo un disparate hizo, que fue, siendo calvo, quitar a nadie el sombrero, pues fuera menos mal ser descortés que calvo y fuera mejor que le mataran a palos porque no quitaba el sombrero, que no a apodos porque era calvario»<sup>10</sup>. También se encuentra en el «Primer tratado» del *Libro de todas las cosas y otras muchas más...*: «Ten sombrero perdurable y de por vida, y no te le quites aun para dormir; y si otro te quitare el sombrero, remítete a la cabezada y a la reverencia; y si por esto te dijeren que eres descortés, di que más vale ser descortés que calvo; y si por descortés riñeren conti-

<sup>9</sup> Quevedo, *Poesía original completa*, n° 528, vv. 5-11.

<sup>10</sup> Quevedo, *Obras completas en prosa*, vol. I., t. I, pp. 414-415.

go y te mataren, también vale más ser muerto que calvo, y procura morir con tu sombrero como con tu habla»<sup>11</sup>. Y una vez más en el ya citado comienzo del entremés de *Los enfadosos*<sup>12</sup>.

Incorre en este mismo motivo bastantes años después Juan de Orozco en el *Vejamen en casa del contador Agustín de Galarza* (h. 1650): «Quitóme el sombrero y me hizo mucha lástima, que los calvos no habían de ser cortesés»<sup>13</sup>.

Otra alternativa por la que pueden optar los afectados es la de manipular el cabello de las zonas pobladas para que cubra las yermas. Lo que no pasaba desapercibido a los satíricos. Al comienzo de *El semejante a sí mismo*, de Ruiz de Alarcón, un personaje refiere jocosamente las siete maravillas nuevas de Sevilla:

La tercera es justamente  
un calvo alegre de sello,  
y que no arrastre el cabello  
desde el cogote a la frente. (vv. 21-24)

Ésta sería la práctica seguida por Julio César para paliar el enojo que le causaba su calva, y que le hacía desear la corona de laurel sobre su cabeza, tal como se recuerda en bastantes ocasiones, desde la traducción de *El cortesano* en la centuria anterior al *Discurso de los tufos, copetes y calvas* de Jiménez Patón, pasando por el *Examen de ingenios* de Huarte de San Juan, los *Coloquios de Palatino y Pinciano* de Juan de Arce de Otárola, las *Cartas filológicas* de Francisco Cascales o el *Tesoro de la lengua* de Covarrubias. Se dice en este último: «Julio César, por encubrir la calva, traía en ella la corona de laurel; y sus soldados entrando él triunfando, le daban la vaya...» (p. 408b).

#### DE CABELLERAS

Pero el remedio más importante de los calvos y el más satirizado por los escritores áureos es la cabellera. Tal solución fue asunto candente, con implicaciones de orden público incluso, en la etapa del Conde-Duque de Olivares, pues entraba dentro de sus proyectos de reformación de costumbres, trajes, adornos, peinados, postizos, etc.<sup>14</sup>. Sobre él incidieron tanto los textos que pretendían ser objetivos y señalaban la inconveniencia de tales aditamentos, como los burlescos; sin olvidar los legislativos, que intentaron limitar su uso.

Hombres de letras como Alonso Carranza o Gutierre Marqués de Careaga dedicaron escritos contra las ostentaciones en vestuarios y adornos en los años de 1636

<sup>11</sup> Quevedo, *Prosa festiva completa*, p. 417.

<sup>12</sup> Quevedo, *Obra poética*, vol., IV, p. 919, vv. 63 y ss.

<sup>13</sup> Paz y Meliá, 1964, p. 323.

<sup>14</sup> Ver González Cañal, 1991.

y 1637. Pero en estas lides, y por lo que se refiere a calvos y cabelleras, debe destacarse al ya aludido Jiménez Patón. Sus *Discursos de los tufos, copetes y calvas* (1639) suponen un ataque exhaustivo de las cabelleras, con profusión de argumentos, salpimentados de erudición. No obstante, se diría que la eficacia pretendida por un escrito como éste —a saber, el rechazo de los postizos por parte de quienes los usaban, además de su prohibición por quien tenía competencia para ello— quedaría comprometida por el empeño extremado en ofrecer una imagen negativa de los calvos. La primera parte está destinada a mostrar cómo la calva figura «entre las señales más conocidas de afectos viciosos», según se apuntó más arriba. Con profusión de apoyos en escritores antiguos sagrados y profanos, señala que «calvus» es el étimo de «calumnia»: «por esto *calvus* usa por el engañador caviloso, astuto y artero calumniador» (fol. 9v). Pero no solo son problemas morales los que implica la calva, también estéticos (que no deberían preocuparle en su papel de moralista):

Lo que haze el cabello en la cabeça, que es onrralla y hermoſealla, haze la oja en los árboles, la ierba en el campo, en el ganado la lana y su falta a todas estas cosas quita la ermosura velleza y onrra especial la del cabello [...] La ignominia y fealdad de la cabeça lo es de todo el cuerpo. Era en tal extremo aborrecida esta falta que aún los galanes por ella desestimaban las damas aunque no tubiesen otra como lo dixo Marcial a Elena: «Cur non bassio te Philen, calva es. (No te estimo porque eres calva)». Y por tenerse esto por tan grande ignominia y desonor los que naturalmente o por algún accidente eran calvos procuraban por diferentes artificios encubrir y disimular las calvas... (fol. 10r)

Pero no ha tocado fondo aún la pintura del mal terrible que supone la falta de pelo. Dice más adelante con respecto a los hebreos:

Cuán gran bajeza, notable desonrra, vileza infame fuese la lepra nadie medianamente versado en la lección sagrada dexa de savello. Pues la infamia de la calva la igualan con ella. Porque muchas veces andaban juntas y en la calva se descubría ser lepra de veras [...] De lo qual vamos coligiendo que no solo fue castigo inventado por los ombres el de la calva ni solo afrenta umana mas fue pena con que Dios castigó a los ombres por sus pecados y les dio esta infame señal para freno de sus culpas. (fol. 13r-v)

Tras contemplar más casos y opiniones históricas, concluye:

Y finalmente la calva no sólo natural pero artificial se tubo por señal de tan grandes males como son esclavitud inorancia afeminación afrenta daño tristeza y calamidad como de lo referido se puede aver colegido. (fol. 17r)

La existencia de grandes hombres religiosos y profanos que fueron calvos (César, Aristófanes, Sócrates, Esculapio, Alejandro, etc.) le lleva a aclarar que las calvas «denotan inclinaciones y afectos no efectos», y que los prudentes que consi-

guen dominarlos tendrán incluso más mérito que los que no tienen tales tendencias. Lo dicho: el panorama que en esta primera parte de los *Discursos* se presenta parece más propio de una defensa ulterior de cualquier artificio que permita ocultar tan horrenda mácula que de su condena absoluta. Pero esto es lo que ocurre a partir de aquí: si malo es tener calva, peor es usar postizos.

La literatura de la época desplegará un amplio abanico de burlas en torno a las cabelleras. Entre los aspectos que se repiten más está su consideración como instrumentos del engaño. En la primera jornada de *La mal casada*, de Lope de Vega, o en la segunda de *Las tres justicias en una*, de Calderón de la Barca, se refieren situaciones en las que personas que pasan por normales descubren en la intimidad que tienen falsos cabellera, dentadura, ojos, nariz... Un buen testimonio sobre este punto se encuentra en el tranco segundo de *El diablo cojuelo* de Luis Vélez de Guevara:

Pero vuelve allí los ojos, verás cómo se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la noche, tan caballero del milagro en las tripas como en las demás facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo; y las narices de carátula, chato; y unos bigotes postizos, lampiño; y un brazo de palo, estropeado; que pudiera irse más camino de la sepultura que de la cama. (pp. 97-98)

Sobre lo generalizados que están los postizos incide Quevedo, una vez más, en una de sus letrillas:

Dicen, y es bellaquería,  
que hay pocos cogotes salvos;  
y que, según hay de calvos,  
que, como hay zapatería,  
ha de haber cabellería  
para poblallos allí.  
*Mas no ha de salir de aquí.*<sup>15</sup>

También Tirso de Molina, en una ocasión cogida por los pelos del tercer acto de *Mari Hernández, la gallega* (1622-1625):

ÁLVARO Tira una china a esas rejas.  
CALDEIRA Allá va una china calva  
que, si en la corte estuviera,  
ya se hubiera puesto moño,  
o adoptiva cabellera. (vv. 2330-2334)

Pero lo que más juego da para las burlas es la procedencia de las cabelleras. De los textos escrutados, el que con más detenimiento se ocupa de este motivo, y con

<sup>15</sup> Quevedo, *Poesía original completa*, n° 651, vv. 23-29.

pretensiones de objetividad, es el capítulo XII de *El día de fiesta por la mañana* (1654), de Juan de Zabaleta, dedicado precisamente a «El que trae cabellera» (pp. 184-190). En resumidas cuentas, tales postizos pueden proceder de muertos, de vivos enfermos o de vivos que han entrado en religión:

¿Es posible que no les hace horror a los que traen cabellera pensar que aquellos cabellos son de un difunto? Si a cualquiera de los que la traen le dijieran que importaba mucho traer consigo en la faltriquera una mano de un cuerpo muerto, perdiera, sin duda, muchos intereses por no traerla. Pues, ¿qué más tiene para dar espanto la mano de un difunto que, de aquel mismo difunto, los cabellos? [...] Si los cabellos son de cuerpo vivo, a quien por enfermedad se quitaron, ya que no den horror, debieran dar asco, y es cosa tremenda de más a más que, lo que uno se quitó para la salud de su cuerpo, se lo ponga otro para que enferme su alma. Si son de persona que se entra en religión los cabellos, bien se ve cuán impropio es que, lo que aquél se quitó porque le embarazaba para vivir bien, se lo ponga éste para vivir mal, deseando como el otro irse al cielo. (p. 186)

Las cabelleras extraídas de vivos dan pie para algunas gracias. En *La venganza de Tamar*, de Tirso de Molina, Amón y Eliazer hablan con el protagonista al inicio:

AMÓN Estás de cabellos rico,  
y así puedes atreverte;  
que a guedeja que les des,  
las que muertas por las tiendas  
te porfian que los vendas,  
tendrán en ti su interés;  
pues si no miente la fama,  
tanto tu cabeza vale,  
que me afirman que te sale  
a cabello cada dama.

ELIAZER Si así sus defectos salvas,  
¿qué mucho te quieran bien,  
pues toda Jerusalén  
te llama *Socorre-Calvas*?  
Y las muchas que compones,  
debiéndote sus bellezas,  
hacen que haya en las cabezas  
infinitos Absalones.  
Ristros puedes hacer de ellas. (pp. 401-402)

Pero las bromas se orientan fundamentalmente a considerar que proceden de difuntos. Como se puede apreciar, la muerte merodea en torno a los calvos: bien porque sus cabezas parecen calaveras, según se vio, bien porque su remedio más socorrido, la cabellera, se ha extraído de algún cadáver. Es la «guedeja réquiem» del



soneto de Quevedo, tan citado ya en estas líneas<sup>16</sup>. Se lee en otro de los cuentos de Arguijo, el n° 187:

Sucedió que en un reencuentro, en el estado de Piamonte, contra el Duque de Saboya, siendo gobernador don Pedro de Toledo [...] los nuestros degollaron al pie de tres mil enemigos, y algún curioso de cabelleras dio en un arbitrio notable, y fue desollar muchas cabezas de los muertos, y haciéndolas curtir y curar con olores, se adobaron muchas en Italia y se trajeron a Madrid, donde se han pagado a doscientos ducados.

Una ocurrencia ingeniosa del motivo lo brinda *La nueva victoria de don Gonzalo de Córdoba* (1620-1622), en un pasaje en el que se pasa revista a la moda del vestido femenino:

pues en llegando a molleras,  
quitando el cabello falso,  
la mitad del justo precio  
se puede llamar a engaño;  
por la mayor parte son  
estos cabellos rizados  
de mugeres ya difuntas;  
y así, dos casados calbos  
rezaban todas las noches  
a sus dueños dos rosarios,  
y les hacían decir  
responsos por todos santos. (vv. 2327-2338)

Éste nuevo testimonio es de Polo de Medina:

¡Oh tú, moño, que me miras,  
humilla la presunción;  
que cual tú me ves me vi,  
y te verás como yo!  
[...]  
Si fue dar pelo a una calva,  
falso testimonio, atroz,  
bastantemente disculpa  
el delito mi intención.  
Sin duda está en el infierno  
quien primero me engendró,  
y como excremento suyo  
en su mismo incendio estoy... (pp. 118-119)

<sup>16</sup> Quevedo, *Poesía original completa*, n° 527.

Avanzada la segunda mitad del siglo, esta cuestión habría de ser tomada como tema principal del entremés anónimo titulado bien expresivamente *La cabellera y los muertos*. Al comienzo, Antona está que trina porque su marido Quiterio se ha gastado «veinte de a ocho en una cabellera». Y, además, dice que piensa comprarse otra. Sus amigas urden un escarmiento consistente en que se le aparezcan cuatro muertos para reclamar los cabellos con los que se ha hecho la peluca del protagonista, quien se encarga al final de hacer pública lección de su desengaño:

Hombres, aprended de mi,  
aunque ayais nacido calvos,  
pues es mejor parecer  
bola de truco, o durazno,  
que estar sugeto a que vn muerto  
se le antoje en tales casos  
a hazer, sino de su capa,  
de su cabellera vn sayo.<sup>17</sup>

Si comenzábamos con la concentración de elementos de ataque a los calvos presente en el entremés de *Los enfadosos*, cerramos esta antología mínima con un fragmento de otro entremés de mediados del siglo, *Los sacristanes burlados* (1652), de Francisco Bernardo de Quirós, donde comparecen muchas de las expresiones satíricas vistas hasta aquí. En las andanadas que Sopaenvino lanza contra Mamacallos se muestra el autor buen discípulo de Quevedo, de quien toma tono y palabras:

¿Pues con tu calva quieres que te quiera,  
Licenciado rapado de galera,  
que en la churre y lo calvo eres pobrete,  
el Licenciado churrete calvete;  
y es huevo de avestruz tu calva rasa,  
Lain Calvo, Peláez, arroz con grasa,  
pues la mugre que tienes don Rasura,  
te sube por el tronco hasta el altura;  
y con tu calva das al mundo enojos,  
calabaza o vejiga con dos ojos:  
Calvino, Calvatrueno, calva Anás,  
calva de Herodes, calva de Caifás;  
calavera del diablo, al campanario  
con tu calva le haces un Calvario,  
que tu cabeza es de ajos, yo lo hablo,  
de la olla podrida que hizo el diablo.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> *Vergel de entremeses*, pp. 58-59.

<sup>18</sup> F. B. de Quirós, *Aventuras de don Fruela*, p. 259.

## A FAVOR DE LOS CALVOS

No son muchos los textos en que se dé, si no una defensa de los calvos, una visión comprensiva; ni siquiera neutra. Ya se ha visto cómo Jiménez Patón no puede evitar la acumulación de aspectos negativos, contra su propia pretensión de lograr el rechazo de tufos, copetes y postizos. Y no es el único texto de autor y tono supuestamente serios en que se produce esto. En la epístola IV de las *Cartas filológicas* de Francisco de Cascales, titulada «En defensa de los capones cantores, contra quien había escrito», se lee:

¿Qué diré más de nuestros capones? ¿Qué? Las palabras que dice Celio, en el libro XIX: *Preguntan los científicos naturales la causa por que no encalvecen los capones. Paréceme, dice, ser ésta, porque participan de mucho seso.* Lo cual les viene de estar exentos y privilegiados del acto venéreo [...] De suerte que abundan de seso y carecen de calva. ¿No es ésta gran felicidad? Y siendo el seso el origen y materia de la prudencia, es fuerza que tengan, como tienen, sutileza de ingenio, buenos discursos, prontitud en el decir y madurez en el obrar. —Eso —dirá alguno— excelencia es; pero tener calva o no, ¿qué importa para la sanidad y para la hermosura? ¿No os parece que a un calvo le ofenderán más fácilmente que a otro el sol, el agua, el sereno, el aire, la humedad? Pues ¿hay cosa más preciada en esta vida que la salud? [...] La cabeza es el miembro principal del cuerpo, es el dominio del hombre, es el señor absoluto nuestro; pues ¿qué parecerá pelada y calva? ¿Qué? Calavera, calabaza... (vol. I, pp. 88-89)

Algunas actitudes amables podrán verse en el apartado siguiente, procedentes de poetas afectados por el problema. Pero fuera del clan de poetas calvos no son muchas. Entre ellas debe destacarse la de Juan de Zabaleta en el capítulo antes aludido de *El día de fiesta por la mañana*. El sentido último de sus consideraciones es el mismo que el de los *Discursos* de Jiménez Patón, el rechazo terminante de los postizos; sin embargo, su estrategia es mucho más eficaz, al esforzarse en contrarrestar la imagen negativa de la calva, que intenta incluso prestigiar:

¿Qué tan gran defecto pensarán los hombres que es ser calvo? Pues no sólo no es defecto grande, pero ni es defecto. Comodidad sí es, y decoro: traen la cabeza limpia y el rostro descubierta. Hombre sin defecto parece aquel a quien la naturaleza le echa a la luz toda la cara; no parece que tiene por qué esconderla. Luego, la sequedad con que se le cae el cabello hace que el cabello que le queda encanezca más tarde; pienso que es mejor partido [...] Deja a los hombres de más pronta aprehensión y más fáciles a la enseñanza [...] La calva aumenta la vida. Y, finalmente, por esta sequedad que deshace los humores flemáticos, traen los calvos ordinariamente limpios los ojos, las narices y la boca.

Todas estas cosas tiene la calva que son buenas; por ellas ha habido nación que ha tenido por señal mala tener cabellos. Los habitadores de los montes Rifeos la han tenido. Al que le nacían cabellos le miraban, o como a peligroso, o como a inútil. Esta gente es tan piadosa que jamás acertó a hacer mal a nadie; debe de ser

propiedad de los calvos ser piadosos. Es observantisima de las leyes de la razón, señal de que son amigos de justicia los calvos... (pp. 184-185)

En la segunda parte de *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos* (1626), de Jerónimo Alcalá Yáñez y Ribera, las palabras del protagonista relativizan la importancia de tener o no tener pelo en la cabeza, alegando que depende de las modas:

Lo que veo, señor, es que como las edades se van acabando y el mundo va siempre como la rueda de la fortuna, dando vueltas, viénese a usar al presente lo que se había usado en tiempo de don Pelayo, y esas melenas y guedejas que vuesamerced ve usar a los galancetes, no es de ahora, que así las traían los soldados del Cid, y de aquí a treinta años, si Dios es servido, vendrá otro uso, y lo que hay de sobra de cabellos en esta era, en la venidera ha de ser estar todos calvos; que no habrá otra dificultad más de decir uno: «Esto vi en corte, Fulano traía la cabeza desta suerte». En las Indias se tiene por honra la calvez, y es de modo, que los muy poblados de cabello, para imitar a los que no le tienen, a navaja procuran quitárselo, siendo monos de naturaleza; que no hay reino que no tenga su plaga.<sup>19</sup>

A estos cambios de modas se refiere, pero jocosamente, el gracioso de *Las paredes oyen* de Ruiz de Alarcón, a quien ya hemos tenido oportunidad de oír anteriormente:

Todo en efeto se muda,  
pues algún tiempo, averiguo  
que fue ya la calva hermosa.  
Jamás el tiempo reposa. (vv. 2508-2511)

En el *Tesoro de la lengua* (1611) de Covarrubias se dice que la calva está bien en las personas de edad: «A la vejez muchos se hacen calvos, y en aquella edad no parece mal, antes hace venerable al que la tiene» (p. 409b). También recuerda el lexicógrafo en su entrada dedicada a la «calva» el pasaje bíblico (2º Reyes 4) en que Dios habría permitido el castigo de los niños que motejaban de «calvo» al profeta Eliseo (pp. 408b-409a). Pasaje que también es traído a colación por otros escritos de la época, como la segunda parte de *El donado hablador Alonso, mozo de muchos amos*, de Alcalá Yáñez.

#### DE POETAS CALVOS

La condición de calvos de algunos escritores de aquellos años nos ha sido revelada fundamentalmente por las pullas y contrapullas de sus contemporáneos. Uno

---

<sup>19</sup> *Novelistas posteriores a Cervantes I*, pp. 491 y ss.

de los famosos es Cristóbal Suárez de Figueroa. Ser calvo y crítico a la vez era exponerse demasiado. No le faltaron rivales que lo explotaron. Entre los identificados está Ruiz de Alarcón. Su contencioso con el escritor vallisoletano fue quizá la causa principal de que su porcentaje de alusiones a calvos superara la media, como ya se apuntó<sup>20</sup>. Según sus estudiosos, a él se dirigiría, por ejemplo, uno de los conjuros que lee Tristán en el libro de magia del tercer acto de *La prueba de las promesas*:

«Carácter que puede hacer  
que un calvo no lo parezca».  
Bien habrá quien me agradezca  
que le enseñe el carácter.  
¿Que la magia da cabello?  
Por Dios, que he de denunciar  
de cierto Momo, y vengar  
mil ofendidos con ello,  
puesto que la villa entera  
vio que calvo anoheció,  
y a la mañana sacó  
abrigada la mollera. (vv. 2035-2046)

También contra él, sin olvidarse de su calva, arremetió Lope, en algunas de sus sátiras:

¡Oh quién tuviera estilo gongorista,  
que es el que más te agrada, para darte  
un churrete, calvete, a letra vista!  
[...]  
¡Oh letrado mentol! ¡Oh Figueroa!,  
hombre sin ley cari-glorioso y tonto,  
seso de cuervo en calva de Gamboa.  
[...]  
¿tu rostro infame, a Judas, qué le ha dicho?;  
[...]  
¿quién como tú más sacerdote trasladara  
del alma calvenista a la cabeza,  
la cabeza que tu seso ampara?<sup>21</sup>

El reflejo del «problema» en los textos de Suárez de Figueroa parece evidente. Existen en ellos muestras de una suerte de actitud de defensa y, a la vez, de comprensión hacia los calvos, tan escasa en los de sus coetáneos. De ellos trata en el «Alivio V» de *El pasajero* (1617) (vol. II, pp. 378-381), donde podemos apreciar, por ejemplo, cómo el Doctor quita importancia al supuesto de que la persona por la

<sup>20</sup> Sobre las relaciones encontradas de ambos escritores, ver King, 1989, pp. 166-170.

<sup>21</sup> Lope de Vega, *Sátiras*, pp. 367, 408, 415.

que le ha preguntado don Luis fuera calva: «La calva pudiera boarcé escusar, son don Luis, y más siendo tan fácil ya el disimular la falta de cabello, supliéndose con el arte el agravio de naturaleza». Nótese cómo está planteada la recriminación: la calva no hace culpable a los calvos —como en la práctica vienen a considerar los que arremeten contra ellos—, sino que estos son víctimas de la naturaleza. Y remata su intervención más adelante con una andanada contra alguien en concreto que se ha significado por sus burlas:

Cese, que es justo ya, semejante plática, y remitase el satirizar los calvos a alguno de los poetas burdos deste siglo; a alguno de los que, enmedio de su engañosa presunción, es tenido y juzgado de todos por machazo irracional de las Musas; por centro de toda ignorancia, de todo absurdo, de todo error. (vol. II, p. 381)

Otro de los contemporáneos afectados fue Alonso de Castillo Solórzano. Algunos de los fragmentos del *Vejamen* dado contra él por Anastasio Pantaleón de Rivera en la Academia de Madrid, reunida en casa de don Francisco de Mendoza, pueden servir de testimonio de conceptismo y de muestrario, uno más para añadir a los ya vistos, de muchos de los juegos de palabras y conceptos que se desplegaron contra los calvos en el Siglo de Oro:

Llévome de allí don Luzido a otra mansión, donde se divisaba un hombre de buen talle i rostro. Relampagueaba sobre todo él una calvaça, o por mejor dezir, una calavaza, con tantos visos y tornasoles, que quitaba la vista de los ojos. En estos relámpagos i ventiscas de aquel cerebro conocí que debía de tener la calva trueno. Pregunté, quién era? i díxome mi guíador: Este es un hombre lunático, o lunar (quiero dezir) que vive en el orbe de la luna; y llámase DON ANSOLO. Entonces (bolví a dezir) lunático bien puede ser, mas no lunar, pues no tiene cabello. Pero ¿qué don Ansolo es éste? ¿Es por ventura el Casto? No, sino por desgracia el Castillo (me respondió) que como otros suelen traer cabelleras postiças, trae él postiça la calva; porque tales páramos de cabello no se pudieron hacer sino a sabiendas.<sup>22</sup>

También el trato comprensivo de la calvicie y sus remedios asoma en alguno de los escritos de Castillo Solórzano. Así, en el capítulo 11 de *La niña de los embustes*, Teresa de Manzanares (1632) se lee:

El primero de los galanes calvos que vino baja la cabeza a mi obediencia fue un caballero estudiante cuyo nombre era don Jerónimo de Godoy, familia muy noble en aquella ciudad. Era de edad de veinticuatro años, muy galán, grande músico y excelente poeta. A éste le hice una cabellera con que le dejé otro del que antes era, que cierto esto de ser un calvo cuando es tan mozo como éste es un gran defecto, y puédensele disculpar las diligencias que hiciere por ocultarse. Dejéle hecho un Narciso... (p. 302)

<sup>22</sup> Rivera, *Obras*, vol. II, pp. 30-31.

También a través de un vejamen de Francisco de Avellaneda se descubre la condición de calvo de Sebastián de Olivares, dramaturgo de mediados del siglo XVII:

Don Sebastián de Olivares, cuyo pelo asegura que es decano del Parnaso; si logran sus comedias lo que descubre su frente, tuvieran ricas entradas. Restaurador de la comedia castellana, pues aunque calvo, es el Pelayo de los poetas...<sup>23</sup>

Pero es, sin duda, Rojas Zorrilla el poeta que se lleva la palma en menciones de su condición de calvo en los vejámenes conservados. También lo hace como responsable del mayor número de alusiones satíricas a la calvicie entre todos los dramaturgos auriseculares: diecisiete en trece comedias. Contra lo que cabría esperar, en principio, y fue lo habitual entre los escritores afectados, que aprovecharon sus obras para cuestionar la visión negativa de los alopécicos en general o para defenderse de ataques particulares sobre sus personas, el escritor toledano decidió entrar en el juego del «burlado burlador», y no le dolieron prendas a la hora de reírse de calvas y calvos en las sesiones académicas y en sus versos. Incluso, a veces, en algunos de sus personajes de tal categoría se vislumbran intenciones de autorretrato. Al menos de dos se apuntan rasgos que parecen remitir a los del comediógrafo: el don Melchor de *Sin honra no hay amistad* y el más famoso don Lucas del Cigarral de *Entre bobos anda el juego*<sup>24</sup>.

He considerado recientemente este aspecto peculiar de la escritura rojiana<sup>25</sup>, que puede servir para conocer mejor su forma de ser y de escribir, y, a veces, de indicio de autoría en algún caso de atribución dudosa<sup>26</sup>. Una buena parte de esas alusiones son breves, pero, en todo caso, no dejan de dar idea de las obsesiones del autor; tres tienen cierta amplitud: las de *Casarse por vengarse*, *Obligados y ofendidos* y *Los trabajos de Tobías*. A pesar de que, en líneas generales, Rojas se mueve dentro de las pautas de la época, no faltan variaciones de cierta originalidad. Las más curiosas son aquellas que, sin salirse del registro satírico, ofrecen pequeños quebros interpretativos que favorecen su causa de poeta calvo y con cabellera. Es el caso de *Sin honra no hay amistad*, donde la sátira se ensaña con quien no lleva peluca: «eres calvo, sin modestia; pues sin cabellera andas / con tu calva a la vergüenza» (p. 306a). O el de *Los trabajos de Tobías*, donde se dice —seguro que con toda intención y fruición por parte del escritor—: «Éste ha sido el primer calvo que es bobo» (fol. 136v). En *Obligados y ofendidos* hay una defensa de los calvos, que, aunque jocosa y puesta en boca del gracioso, no deja de apuntar aspectos que contradicen otros que tradicionalmente se han utilizado contra los calvos:

<sup>23</sup> Barrera, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro antiguo español*, 1969, p. 286.

<sup>24</sup> Ver Profeti, «Prólogo», en Rojas Zorrilla, *Entre bobos anda el juego*, p. XXXIV.

<sup>25</sup> Ver G. Vega, 2007.

<sup>26</sup> Ver G. Vega, 2000.

¿Pues qué hay en los calvos malo?

[...]

que se arrepintió repara  
un calvo que a Dios negó,  
mas Judas, que le vendió,  
tuvo un copete de a vara.

[...]

Cuando a un santo que se salva  
pinta cualquiera pintor,  
para darle más primor  
le pinta con tanta calva;  
y con cuidado y desvelo  
al contrario has de mirar,  
que si a un diablo han de pintar,  
le pintan con tanto pelo... (vv. 1337-1360)

#### BIBLIOGRAFÍA

- Arguijo, J. de, *Cuentos recogidos por Juan de Arguijo y otros*, ed. B. Chenot y M. Chevalier, Sevilla, Excma. Diputación Provincial, 1979.
- Asensio, E., *Itinerario del estremés desde Lope de Rueda a Quiñones de Benavente*, Madrid, Gredos, 1971.
- Barrera y Leirado, C. A. de la, *Catálogo bibliográfico y biográfico del teatro anti-guo español desde sus orígenes hasta mediados del siglo XVIII*, Madrid, Rivadeneyra, 1860 (Ed facsimil: Madrid, Gredos, 1969).
- Cascales, F., *Cartas filológicas*, ed. J. García Soriano, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, 3 vol.
- Castillo Solórzano, A. de, *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*, ed. A. Rey Hazas, Barcelona, Plaza y Janés, 1986.
- Correas, G., *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, ed. digital R. Zafra, Pamplona-Kassel, Universidad de Navarra-Ed. Reichenberger, 2000.
- Covarrubias Orozco, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, ed. integral e ilustrada I. Arellano y R. Zafra, Madrid, Universidad de Navarra-Iberoamericana-Vervuert-Real Academia Española-Centro para la Edición de Clásicos Españoles, 2006.
- Frenk, M., *Nuevo corpus de la antigua lírica popular hispánica (siglos XV a XVII)*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2003, 2 vol.
- Godínez, F., *Las lágrimas de David*, ed. E. V. Coughlin y J. O. Valencia, Valencia, Albatros Hispanófila, 1986.



- González Cañal, R., «El lujo y la ociosidad durante la privanza de Olivares: Bartolomé Jiménez Patón y la polémica sobre el guardainfante y las guedejas», *Criticón*, 53, 1991, pp. 71-96.
- Gracián, B., *El Criticón*, ed. Santos Alonso, Madrid, Cátedra, 1980.
- Núñez, Hernán, *Refranes o proverbios en romance*, ed. digital de CORDE, Madrid, Real Academia Española (consultado en abril de 2007).
- Jiménez Patón, B., *Discursos de los tufos, copetes y calvas*, Baeza, Juan de la Cuesta, 1639, ed. Abraham Madroñal, Madrid, Real Academia Española, 2003 (Consultado en CORDE en marzo de 2007).
- King, W, F., *Juan Ruiz de Alarcón, letrado y dramaturgo. Su mundo mexicano y español*, México, El Colegio de México, 1989.
- Mira de Amescua, A., *El rico avariento o La vida y muerte de san Lázaro*, ed. digital V. Williamsen (<http://www.comedias.org/mira/Ricava.html>). Consultada en abril de 2007).
- , *La fénix de Salamanca*, ed. digital V. Williamsen (<http://www.comedias.org/mira/Fensal.html>). Consultada en abril de 2007).
- Novelistas posteriores a Cervantes I*, ed. C. Rossel, Madrid, Atlas (BAE 18), 1946.
- Paz y Meliá, A., ed., *Sales españolas o agudezas del ingenio*, Madrid, Atlas (BAE 176), 1964.
- Polo de Medina, S. J., *Poesía*, ed. F. J. Díez de Revenga, Madrid, Cátedra, 1987.
- Quevedo, F. de, *Obra poética*, ed. J. Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1981.
- , *Obras completas en prosa*, dir. A. Rey, Madrid, Castalia, 2003, 1 vol., 2 t.
- , *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- , *Prosa festiva completa*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Cátedra, 1993.
- , *Sentencias: de la mundana falsedad y las vanidades de los hombres*, ed. P. Fanconi, Madrid, Temas de hoy, 1995.
- Quiñones de Benavente, L., *El marqués de Fuenlabrada*, ed. A. Madroñal, «Dos nuevos entremeses atribuidos a Luis Quiñones de Benavente», *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, 14, 1996, pp. 173-198.
- Quirós, F. B. de, *Aventuras de don Fruela*, ed. C. C. García Valdés, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Rivera, A. Pantaleón de, *Obras*, ed. R. de Balbín Lucas, Madrid, 1944.
- Rojas Zorrilla, F. de, *Casarse por vengarse*, ed. L. L. Mullin, Kassel, Edition Reichenberger, 2007.
- , *Entre bobos anda el juego*, ed. M. G. Profeti, Barcelona, Crítica, 1998.
- , *Lo que quería ver el marqués de Villena*, en *Comedias escogidas*, ed. R. de Mesonero Romanos, Madrid, M. Rivadeneyra (BAE 54), 1861, pp. 319-348.
- , *Obligados y ofendidos*, ed. F. Doménech, Madrid, Fundamentos (Clásicos RESAD), 2000.
- , *Sin honra no hay amistad*, en *Comedias escogidas*, ed. R. de Mesonero Romanos, Madrid, M. Rivadeneyra (BAE 54), 1861, pp. 295-318.

- , *Los trabajos de Tobías*, en *Segunda parte de las comedias de Don Francisco de Rojas Zorrilla*, Madrid, Francisco Martínez-Pedro Coello, 1645.
- Ruiz de Alarcón, J., *Las paredes oyen*, en *Obras completas*, ed. A. Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, vol. I, 1957, pp. 255-347.
- , *La prueba de las promesas*, en *Obras completas*, ed. A. Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, vol. II, 1959, pp. 740-823.
- , *El semejante a sí mismo*, en *Obras completas*, ed. A. Millares Carlo, México, Fondo de Cultura Económica, vol. I, 1957, pp. 349-435.
- Salas Barbadillo, A. J. de, *El caballero puntual, segunda parte*, ed. E. Cotarelo, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1909.
- Suárez de Figueroa, C., *El pasajero*, ed. M. I. López Bascuñana, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1988, 2 vol.
- Tirso de Molina, *Mari Hernández, la gallega*, ed. Sofía Eiroa, Madrid-Pamplona, Revista Estudios-Universidad de Navarra, 2003.
- , *Tanto es lo de más como lo de menos*, en *Obras dramáticas completas*, ed. B. de los Ríos, Madrid, Aguilar, 1968, vol. I, pp. 1107-1153.
- , *La venganza de Tamar*, en *Comedias de don Pedro Calderón de la Barca*, ed. J. E. Hartzenbusch, t. II, Madrid, M. Rivadeneyra (BAE 9), 1849, pp. 401-420.
- Vega, Lope de, *La Dorotea*, ed. J. M. Blecua, Madrid, Cátedra, 1996.
- , *Fuente Ovejuna*, ed. D. McGrady, estudio preliminar N. Salomon, Barcelona, Crítica, 1993.
- , *Los melindres de Belisa. El villano en su rincón*, Madrid, Espasa-Calpe, 4ª ed., 1975.
- , *A paleographic edition of Lope de Vega's autograph play La nueva victoria de D. Gonzalo de Cordova*, ed. H. Ziomek, New York, Hispanic Institute in the United States, 1962.
- , *Sátiras*, ed. J. de Entrambasaguas, Madrid, Tipografía de Archivos, 1932.
- Vega García-Luengos, G., «*Más vale maña que fuerza: Los enredos albaneses de una comedia desconocida atribuida a Rojas Zorrilla*», en F. Pedraza, R. González Cañal y E. Marcello, eds., *Francisco de Rojas Zorrilla, poeta dramático. Actas de las XXII Jornadas de Teatro Clásico. Almagro, 13, 14 y 15 de julio*, Almagro, Festival de Almagro-Universidad de Castilla-La Mancha, 2000, pp. 55-87.
- , «Entre calvos anda el juego: la insistencia de un tema satírico en Rojas Zorrilla», *Revista de Literatura*, 69, 2007, pp. 13-34.
- Vélez de Guevara, L., *El diablo Cojuelo*, ed. A. R. Fernández e I. Arellano, Madrid, Castalia, 1988.
- , *Más pesa el rey que la sangre, Reinara después de morir*, ed. A. Díez Medavilla, Madrid, Akal, 2002.
- , *El príncipe esclavo. Primera parte*, edición suelta (s.l., s.i., s.a.), Biblioteca Palatina de Parma [CC. II. 28057, 11].

- , *El príncipe esclavo. Segunda parte*, edición suelta (s.l., s.i., s.a.), Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander [32987].
- Vergel de entremeses*, ed. J. Cañedo Fernández, Madrid, CSIC, 1970.
- Zabaleta, J. de, *El día de fiesta por la mañana y por la tarde*, ed. C. Cuevas, Madrid, Castalia, 1983.